

VOLUNTARIADO Y SINDICALISMO ANTE LAS POLITICAS NEOLIBERALES

Como todos conocemos, el voluntariado ha sido una realidad sobre todo en las sociedades burguesas de los últimos dos siglos. En unos casos, con un origen vinculado más a sentimientos religiosos; en otros, actitudes de solidaridad y de apoyo mutuo. El sindicalismo en sus remotos comienzos era una expresión de ayuda voluntaria a las personas y colectivos que sufrían unas condiciones de vida terribles en las primeras décadas del capitalismo: los ancianos, los enfermos y accidentados, las madres con menores a cargo, las viudas, etc. o supliendo la inexistencia de educación pública a través de formas de enseñanza básica en escuelas, ateneos obreros, o centros socio-culturales.

Las absolutas carencias de las sociedades liberales del siglo XIX y la total desprotección de las amplísimas clases proletarias eran parcialmente paliadas por esas respuestas caritativas o solidarias. Con el paso de los años las respuestas solidarias se fueron transformando en buena medida en organizaciones sociales de lucha y reivindicación. La lucha sindical y de los partidos progresistas posibilitó poco a poco el surgimiento de lo que después hemos conocido como políticas sociales y su culminación en los “estados de bienestar social”. El papel del voluntariado laico, se diluyó en la medida que los poderes públicos fueron asumiendo las tareas de cuidados en la salud, la educación, el desempleo, la pobreza, la vejez, etc.

Por su parte el voluntariado de matriz religiosa continuó su implantación en una doble vertiente de ayuda a la población más marginada en los países capitalistas desarrollados y de apoyo a la población más necesitada de los países del tercer mundo. Este voluntariado mantuvo y en algunos casos acentuó su perfil religioso, muy ideológico e incluso de fuerte rivalidad con las organizaciones progresistas en su disputa por la hegemonía de las clases populares.

Las sucesivas crisis económicas de los últimos 35 años, la rebelión fiscal de los sectores más adinerados de los estados capitalistas desarrollados, la movilidad y evasión de capitales y deslocalización de empresas, ha cuestionado la consolidación y sobre todo la mejora de las políticas de bienestar social y la apertura a nuevas necesidades sociales. Aun sin desmontar los estados de bienestar social, algo muy difícil en un marco político democrático, sí se han acentuado las demandas sociales no satisfechas de amplios sectores populares e incluso de las clases medias de las sociedades avanzadas. La cooperación internacional al desarrollo, que había experimentado evidentes avances, se ha frenado o retrocedido, salvo en momentos muy puntuales de catástrofes humanitarias.

El retroceso electoral de la mayoría de los partidos progresistas y la asunción en bastantes casos de postulados neoliberales cuando han asumidos responsabilidades de gobierno, han contribuido en buena medida a ese debilitamiento de las políticas de bienestar social, en los ámbitos nacionales e internacionales. A esa crisis de las opciones políticas socialdemócratas, unida a la desaparición irreversible de las opciones de origen comunista, se ha sumado la crisis y deslegitimación del sindicalismo de clase. Buena parte de los sectores más dinámicos, reivindicativos, solidarios, han perdido sus referencias tradicionales.

La confluencia de esas dos tendencias, sin duda estrechamente relacionadas, ha dado lugar especialmente en las 3 últimas décadas a un potente resurgir de las formas de voluntariado de carácter laico, no ceñidas exclusivamente a la solidaridad social tradicional, sino presentes en el terreno de la ecología y el medio ambiente, la igualdad de género, el respeto a la diversidad sexual, la normalización de la discapacidad, la integración de los movimientos migratorios, la difusión de la cultura, etc.

A su vez buena parte del voluntariado de influencia religiosa ha hecho un esfuerzo de puesta al día, de profesionalización, de especialización y de cierto desdibujamiento de sus connotaciones ideológicas más tradicionales.

Esta realidad presente y creciente en los países desarrollados, ha sido especialmente intensa en España desde mediados de los años 90 del siglo pasado, de manera que se calculan en 30.000 las organizaciones existentes, alrededor de 14.500 millones de euros sus presupuestos, en torno a 645.000 el volumen de personal asalariado y en 3´7 millones de personas el número de sus voluntarios.

Qué duda cabe que esta formidable eclosión de las actividades del voluntariado, subvencionadas en mayor o menor medida por las diferentes administraciones públicas, han supuesto un notable apoyo para las políticas neoliberales y para la congelación o recorte parcial del gasto social. La retirada de la gestión pública y la delegación de responsabilidades en las ONGS, ha aminorado cuando no eliminado los costes políticos de las políticas neoliberales, incluso se presenta como una devolución de protagonismo a la sociedad civil, sustituyendo la denostada acción pública y transformando la desgastada imagen del “Estado de Bienestar Social” por la “Sociedad del Bienestar Social”.

La ambivalente posición de buena parte de las ONGS ante los poderes públicos, combinando reivindicaciones y críticas (imprescindibles para su legitimación y para lograr mayor apoyo y financiación), con un bajo perfil ideológico que las lleva a convivir con una neutralidad política, asumida con mayor o menor agrado, (inevitable en un modelo de financiación pública que tiene evidentes rasgos de discrecionalidad y de revisión periódica).

Por otra parte, el crecimiento de las ONGS ha tenido como una de sus consecuencias la congelación o reducción de las plantillas de determinados servicios públicos.

La mayoría de las ONGS implícitamente se convierten en una pieza necesaria para las políticas neoliberales, no en balde el mayor apoyo de reconocimiento institucional (cuestión diferente es la financiación real) ha tenido lugar durante las dos legislaturas de José María Aznar y con los

gobiernos de Mariano Rajoy y sus homólogos en las Comunidades Autónomas. Los gobiernos de la derecha, pero no solo ellos, se sienten mucho más cómodos con la interlocución con las Plataformas representativas de las ONGS que p.e. con los sindicatos.

Esta compleja realidad ha tenido una respuesta en mi opinión muy tajante por parte de una parte de la izquierda y desde luego por el sindicalismo de clase. Las tensiones y rivalidad, en unos momentos más abierta que en otros, aunque no ha impedido la colaboración puntual en importantes reivindicaciones, acciones y movilizaciones concretas e incluso una cierta relación estable entre CCOO y UGT y una parte (sin duda decreciente) de las ONGS en la llamada “Cumbre Social”, no puede ocultar la escasa voluntad de cooperación y de agrupación de fuerzas por ambas partes.

Los sindicatos consideran que la mayoría de las ONGS en la práctica no cuestionan el actual modelo de desarrollo capitalista, que son relativamente dóciles a los diversos gobiernos, que quieren desplazarles y sustituirles en la función sociopolítica del sindicalismo de clase y que además muchas de ellas son poco respetuosas de los derechos laborales con su personal asalariado.

Las ONGS por su parte ven a los sindicatos como algo del pasado, con una historia positiva, pero ya totalmente desfasados, burocratizados, poco ágiles y preocupados sobre todo por el colectivo de los trabajadores con empleo, los trabajadores públicos y los pensionistas, desatendiendo en la práctica otros importantes colectivos sociales con fuertes necesidades de atención y por si fuera poco les reprochan un trato de favor en la financiación y representación institucional por parte de los gobiernos.

Este profundo desencuentro ideológico, además de ser claramente perjudicial para los intereses de las clases populares y en especial de los sectores más castigados por las crisis y la marginación, debilita la capacidad de respuesta de todos aquellos que quieren desarrollar políticas de solidaridad y de oposición al actual estado de situación.

Resulta por ello imprescindible abrir un proceso de reflexión en ambas partes, que en un futuro permitiera establecer otras dinámicas de colaboración, partiendo de asumir que en las críticas que se hacen unos a otros hay elementos razonables.

En lo que respecta al sindicalismo de clase, su reflexión debe sustentarse en dos elementos básicos. El voluntariado es un fenómeno que ha venido para quedarse y para crecer, que ya supera en implantación actividad, al sindicalismo de clase y lo va a hacer más en el inmediato futuro. En segundo lugar, el voluntariado está conformado, en muy gran medida, por la acción de lo mejor de la sociedad, por gente de todas las edades y muy en especial por jóvenes y tercera edad, que, superando actitudes egoístas o individualistas, quieren ayudar otra gente que se encuentran desprotegidas o marginadas en España o en otros lugares del mundo; voluntarios que en muchos casos se han desencantado o no se han sentido motivados por la izquierda política y sindical.

El voluntariado, por tanto, son objetiva y subjetivamente, protagonistas del cambio de sociedad a que aspiramos los progresistas y por ello nuestros mejores aliados. Y con nuestra actitud positiva y favorable a la cooperación, tenemos que disputar al neoliberalismo la hegemonía ideológica o cultural, cuando sin el menor pudor se presenta como los más genuinos defensores de la acción solidaria de la llamada sociedad civil.

Partiendo de esas dos realidades, la izquierda alternativa y el sindicalismo de clase debemos ser capaces de identificar y concretar las dudas, las reticencias, las críticas y objeciones al voluntariado y a las ONGS, evitando generalidades y actitudes defensivas. Y que, entre otras, podrían ser: el compartir de manera pactada la participación en los órganos de representación institucional, en el ámbito del Estado, de las Comunidades Autónomas y Corporaciones Locales, incluyendo las consultas preceptivas y en su caso comparencias ante propuestas normativas, presupuestarias o de informes e investigaciones. Negociar de forma conjunta con todas las Administraciones Públicas fórmulas de financiación parcial, transparente y estable, en función de indicadores de actuación

objetivos y evaluables. Establecer, igualmente, unos criterios objetivos y transparentes en el acceso puntual y en la presencia periódica en los medios de comunicación de titularidad pública en todos los ámbitos.

Todo ello requeriría cambios normativos, que seguramente no serían del agrado de los diversos gobiernos, que como resultado de esos cambios tendrían muchas mayores dificultades de manipulación y división.

A su vez las ONGS deberían ser muy transparentes en lo que se refiere a los aspectos laborales de su personal, contando para ello con el apoyo de los sindicatos y de los órganos de representación de los trabajadores en los centros de trabajo, así como en la erradicación de cualquier practica de explotación laboral, de mayor o menor intensidad, de sus voluntarios, tanto en España como fuera de España.

Ambas partes deberían pactar protocolos de actuación y colaboración en las a menudo imprecisas fronteras de sustitución de empleo por voluntarios.

Esa nueva dinámica requeriría lógicamente articular formulas estables de coordinación e intercambio de buenas prácticas, tanto de carácter sectorial como de carácter transversal entre los sindicatos de clase y las grandes plataformas del voluntariado.

No será un camino fácil ni rápido, pero ambas partes se necesitan. Unos sindicatos débiles son una gran ventaja para el neoliberalismo y por ello, aunque sea a medio plazo, un grave riesgo para las políticas sociales y para las ONGS y el voluntariado. Y viceversa, un debilitamiento de las ONGS y el voluntariado, además de perjudicar a sectores sociales más desprotegidos, se traduciría en mayor desarticulación de la sociedad, un magnifico caldo de cultivo para el populismo y el ascenso de las opciones autoritarias.

Dos maneras de interpretar y aplicar la solidaridad no pueden vivir de espaldas, con reticencias y menos aún con rivalidades. El único ganador de ello serán las políticas neoliberales.

HÉCTOR MARAVALL

10.3.2018